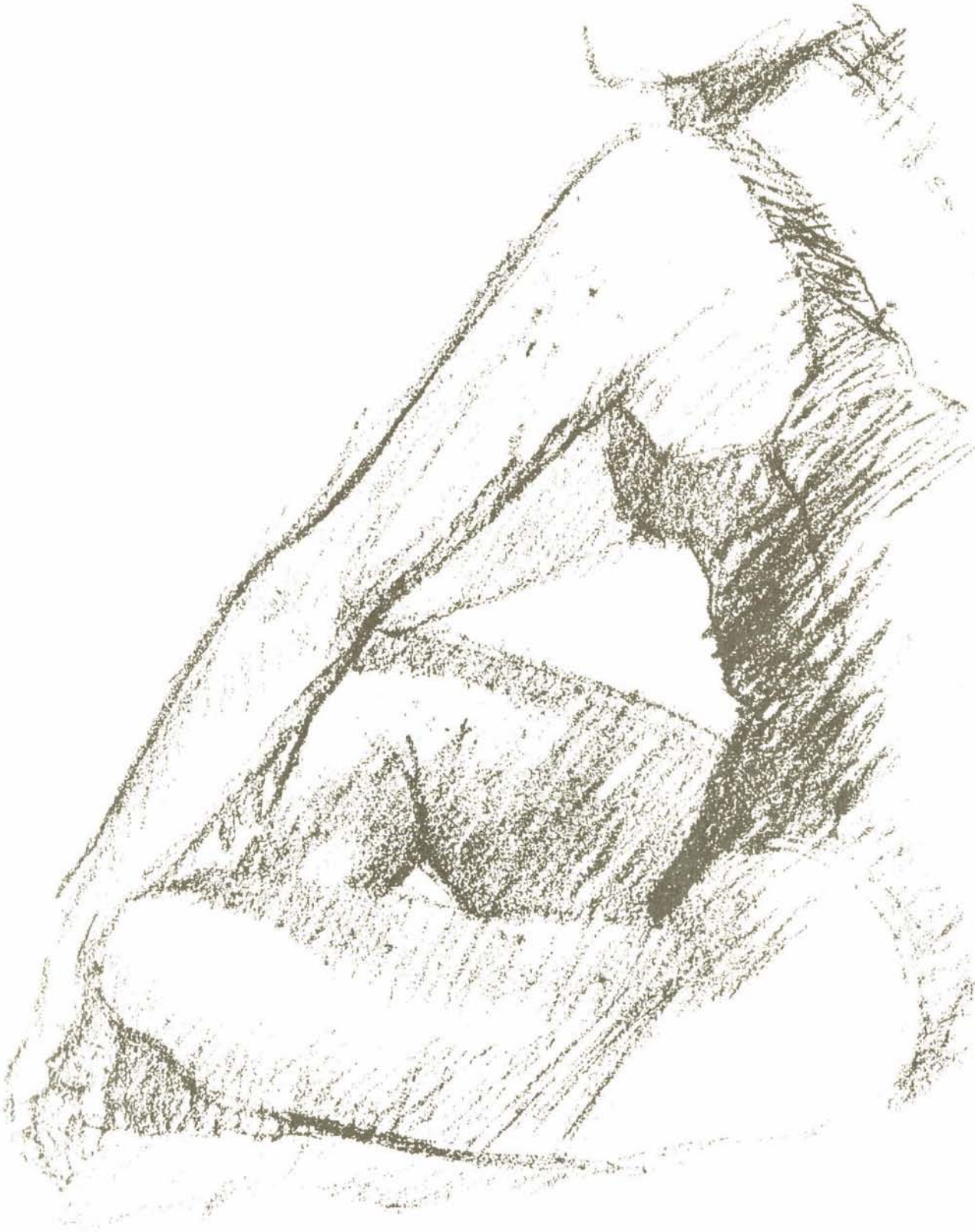


Alas de septiembre

Arena María

♦♦♦♦♦♦♦

I

No pude dormir. Toda la noche estuve oyendo cómo el perro se la pasó arañando la puerta para que lo dejaran entrar. ¡Dónde iba mi mamá a dejar que se escondiera abajo de la cama! Cada año es lo mismo, desde que empiezan a tronar los cohetes el pobre agacha las orejas y busca esconderse entre las piernas de cualquiera que vaya pasando.

Mamá tampoco durmió, se la pasó con la abuela tejiendo las palmas que iban a adornar el camión. Las cadenas de papel de china se pueden hacer con tiempo, pero las palmas y las flores se tienen que tejer el mismo día, si no no duran por el sol.

El abuelo se fue con el mayordomo desde antes que anocheciera. A estas horas ha de estar bien servido, seguro cuando llegue, la abuela lo va a reñir. Cada año es lo mismo.

Afortunadamente ya no salgo de angelito, dicen que ya nadie cree que lo sea. Todo por lo que pasó hace un año. Ya ni a mis hermanos llevaron con doña Clotilde, la que hace las armazones de plumas. Por cierto, ¿dónde habrán quedado mis alas?

II

El primer domingo de septiembre es la fiesta grande. Ese día los del pueblo de junto, La Candelaria, traen en andas al Señor de la Misericordia. Un día antes se reúnen las señoras de la cofradía y rezan, cantan y velan toda la víspera del domingo frente al nicho en donde se coloca, al día siguiente, la imagen dolida y cansada de un Cristo que en su pasión pide misericordia.

Mi abue era de esa devoción, mi mamá aunque quisiera no iba, pues con tanto chiquillo no podía pasar la noche afuera. Como de las mujeres era la mayor, quieras que no, tenía que acompañarla. Aguantaba uno o dos misterios, tres o cuatro salmos, al rato ya me andaba acostando en el suelo dormida. Mi abuela me ponía entonces en una de las bancas de la iglesia y me tapaba con su rebozo. Como a las cinco de la mañana, durante la primera misa del domingo, se ponían hasta diez señores al mismo tiempo a lanzar cohetes en todas direcciones. Entonces el atrio se llenaba de una multitud dispuesta a tomar atoles y ponches con piquete,

apenas el cura diera por terminada la misa con su bendición.

El atrio de la iglesia era muy pobre. El piso era de tierra y los muros siempre estaban sin pintar. A la salida había una explanada que el gobierno había mandado pavimentar con losas que hacían de piedra volcánica del pedregal. El pedregal estaba apenas atrasito de la iglesia, allí íbamos a explorar, caminar y recoger flores de mayo. En la temporada de lluvias se hacían entre los basaltos y los tezontles unos enormes espejos de agua formando olas concéntricas en los huecos que la lava abrió en la superficie de las rocas. El agua escurría a las tierras de labor de los dos pueblos y permitía vivir con libertad a los ahuejotes, los árboles de agua.

Pegado al atrio y a la explanada había una huerta de capulines, duraznos y tejocotes. Su alto muro de piedra cubierto siempre por enormes matas de rosa de castilla estaba roto. Éste era el lugar preferido de los muchachos del pueblo. Dicen que porque ahí había muchos pájaros para cazar con resortera. Yo creo que no. Últimamente, cuando le avisan a mi mamá que anda por ahí Antonio —mi hermano mayor— termina por acusarlo con papá y acaba o atendiendo el reparto de la leche o limpiando el establo del compadre Fidel. Quesque para que aprenda de veras a ser hombre.

III

Después de desayunar me preparaba para la procesión. Por una manda de mi mamá, desde que tenía un año, me vestían de angelito y me subían al camión de redilas que iba atrás del Señor de la Misericordia. Era el camión de don Fidel, en el que subían a las vacas para irlas a vender al rastro de Santa Lucía. Dos días antes lo lavaban para comenzar a adornarlo para la fiesta, pero ni así lograban quitarle su olor.

En flores y cohetes se iba la mayor parte del dinero que se juntaba. Las flores las encargaban a Xochimilco. Dependía del diseño de los portales, el tipo y color de la flor que se compraba; en total eran cuatro los portales que se fabricaban. Tenían



unos siete metros de alto por cinco de ancho y un alma de tule a la que se le iban clavando los girasoles, crisantemos o claveles. Con aserrín de colores se ponían en su cenefa leyendas como: "Derrama en tu pueblo, Señor, los dones de tu bendición" o "Gloria a ti Señor". Los portales de los "reyes" eran los más bellos de Coyoacán, ni San Francisco ni el Niño Jesús podían competir con los mosaicos floridos que salían

de las manos de nuestros trasnochados artesanos.

El camión de don Fidel se adornaba con las flores que desechaban los portaleros. Las juntaban en una enorme tina de lámina con agua. Mamá llevaba entonces las palmas que habían trenzado y comenzaban a amarrarlas a las maderas de las redilas, seguían las cadenas de papel de



china y por último las flores.

Las tarimas de madera se cubrían con henos y musgos, como si fuera navidad. Se hacía una alegoría cualquiera del paraíso: vírgenes, ángeles, nubes celestiales, el triángulo de la Divina Providencia y el ojo por el que Dios se regocija de nuestro libre albedrío. Las vírgenes eran muchachas con túnicas blancas y bordes dorados, que llevaban las manos juntas a la altura del pecho en actitud de oración y la mirada dirigida al infinito. Los ángeles éramos niños con túnicas azules, amarillas o rosas (según la edad y el sexo), con alas hechas con plumas de gallina y sujetas a la cintura y hombros con listones blancos, como si fueran chalecos. Las aureolas eran unos gorritos con alambres redondos.

Aquello era —casi siempre— un desorden, pues si las vírgenes podían estar cuatro horas rezando, los ángeles acabábamos siempre llorando y pidiendo por nuestras mamás.

Al principio nos divertíamos, pues estábamos junto a la banda de música y riéndonos de los gestos y mitotes del diablo y de la borracha, que corrían despavoridos ante el chicote que cargaba el hijo de don Fidel, con su disfraz de charro montado sobre un caballito negro de cartón. El diablo vestido de rojo molestaba a todos con su trinche, y la borracha (segurito don Hipólito disfrazado), escandalizaba a las señoras alzándoles las faldas y abrazando indecentemente a los señores. Yo creo que ahí fue en donde le comenzó a gustar ese asunto a Jorge, el mejor amigo de Antonio.

IV

Ese mes de septiembre fue el último año que mi mamá pagó su manda de que fuera ángel. Acababa de cumplir los doce años y era el angelito más grande. Las alas que me pusieron me quedaban chicas y me hacían arquear la espalda, de manera que se me veían unos pechos grandes de señorita a través de mi túnica angelical. Apenas me vio mi mamá comenzó a llamarme descarada, como si yo tuviera la culpa de que me apretaran las alas.

Así comenzó el día de la fiesta, con mi mamá enojada y yo sin saber por qué. Cuando comenzó la procesión me di cuenta que muchos se me

quedaban viendo, de repente ya estaba saludando con la mano extendida y devolviendo sonrisas. Trataba de no hallar la mirada de mi mamá, heladą a pesar del calor. Casilda, mi prima, virgen inmaculada, sostenía con su mano derecha una columna romana, con la izquierda trataba de jalarme hacia ella para poderme dar los pellizcos que con señas le ordenaba mi mamá.

Acabé por ponerme en la orillita del camión, detenida de uno de los extremos del arco de palma. Desde ahí vi toda la ceremonia, la llegada al puente de las dos procesiones: de La Candelaria que llevaban al Señor en tiempos de aguas, y los de Los Reyes que lo entregaban en tiempos de secas. Después de los rezos la banda comenzó a tocar y las dos procesiones se volvieron una, dirigidos y chicoteados por el diablo, el charro y la borracha. Los curas iban al frente, con el Señor en andas, recibiendo los pétalos de rosas que arrojaban a su paso.

Al llegar al primer portal se juntó la gente que venía del barrio de Monserrat, donde estaba el ojo de agua y criaban patos. Allí estaba Jorge, a un lado de mi hermano Antonio y de Javier. Entre los tres comenzaron a jalonearle la falda a la borracha y el diablo aprovechaba para ponerles el trinche en las asentaderas. Así fue hasta llegar al tercer portal. Al llegar al cuarto Jorge era el único que seguía con el juego. Todos los miraban. Daba la impresión que había dejado de ser un juego y que se andaban toreando en serio. Fueron con el chisme con el mayordomo; apenas llegó, la borracha se puso de rodillas y con las manos en cruz. La máscara rosa con pestañas de cerdas de raíz y su inmóvil y burlona sonrisa, ocultaron la huida de Jorge entre la multitud.

V

Al llegar a la iglesia y formarnos para entrar a misa de doce, las condenadas alas me apretaban cada vez más. Sin pensarlo me escabullí entre la gente, por el rumbo de la huerta. Habían tapado la entrada con láminas de cartón, pues la gente se metía a hacer ahí sus necesidades y dejaban siempre un atascadero. Entonces entré por el zaguán de varas de la casa del sacristán.

Debajo de un durazno traté de zafarme las alas. Me desaté el listón de la cintura e intenté sacar los brazos de entre el alambre que rodeaba mis hombros. Parecía un perro tratando de morder su cola. Por más vueltas que daba no podía. En esas estaba cuando escuché unos murmullos. Me agaché. Venían del lado del estanque, en el lugar donde atrapábamos ranas.

Me acerqué sin hacer ruido. Parecía como si estuvieran haciendo del baño y no pudieran. Puros pujidos. Pensé que era de seguro una competencia, pues se escuchaban risas también. Reconocí de pronto la voz de Antonio y me alegré: ¡al fin alguien que me quitara las alas! Corrí hacia ellos gritando. Los encontré a todos con el pantalón en el suelo. Su expresión me dejó, sin saber por qué, muda.

—¡Cabrona! ¿qué andas espiando? —gritó Jorge.

—Ahorita te vamos a quitar lo metiche —dijo Javier.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Antonio.

No pude responder, me dio miedo. Jorge avanzó hacia mí tratando de agarrarme el brazo. Antonio le dio un manotazo y se puso frente a mí. Se acabaron todos de fajar el pantalón. Sin más, mi hermano gritó:



—Pélate, pelusa, ¡te van a chingar!

Corrí al fondo de la huerta, donde comenzaba la labor. Brinqué, no sé cómo, el canal que separaba los sembrados. Con lodo hasta las rodillas seguí los surcos hasta llegar a los paredones de piedra que anunciaban el pedregal. No sé cuanto corrí, cuando el huarache se rompió y tropecé raspándome todas las piernas, me di cuenta que había perdido mis alas.

Llegué con Antonio a la casa poco antes de que comenzaran los castillos. Era de noche. Mi traje rasgado y la sangre seca contuvieron a mi mamá. Durante días me trataron como si hubiera matado a alguien. Curiosamente Antonio seguía como si nada. Nunca entendí por qué mi madre anotó en mi cuenta la falta que convirtió a la familia en el escándalo de ese septiembre. Nunca entendí tampoco por qué mi hermano nunca aclaró la mentira que Jorge propaló a los cuatro vientos. Aquella que decía que nunca más me subiría al camión de don Fidel, puesto que a él le constaba que nunca más sería ángel... ni virgen. ♦